



UNIVERSIDAD  
**Finis Terrae**

UNIVERSIDAD FINIS TERRAE  
FACULTAD DE ARTES VISUALES  
ARTES VISUALES

**EL JARDINERO Y SU OBRA:  
INTERSECCIONES ENTRE EL ARTE Y LA NATURALEZA**

BERNARDITA JESÚS NEIRA RIBES

Ensayo crítico presentado a la Facultad de Artes Visuales de la Universidad Finis Terrae,  
para optar al grado de Licenciado en Artes Visuales, Mención Pintura

Profesor Guía Taller de Grado: Víctor Pávez Miranda  
Profesor Guía Preparación de Tesis: José Tomás Fontecilla Palma

Santiago, Chile

2024

## ***DEDICATORIA, AGRADECIMIENTOS***

Gracias a mi familia que me han apoyado y han estado en mi procesos de estudios todos estos años.

Me gustaría agradecer a Víctor Pávez, Sebastián Mahaluf, Mariana Najmanovich y Teresa Larraguibel por hacerme las preguntas correctas en el momento preciso, y a todos los profesores y ayudantes que me entregaron herramientas para poder llegar donde estoy.

Un gran agradecimiento a Martin Fuenzalida, Matías Fuenzalida y Gabriel Fuenzalida por ser mi equipo de construcción del invernadero, por entregarme sus conocimientos y compartir las ganas de estar en la naturaleza. Gracias a mis compañeros de la universidad por integrarse en mis proyectos y escucharme siempre que necesitaba hablar de mis procesos.

Muchas gracias a Terrarios Karüngen, que me enseñaron cómo cuidar las plantas y me acompañaron en mi proceso de creación de obra.

Para todos los que amamos estar en la naturaleza y nos vemos obligados a estar en la ciudad: donde la tierra, el macetero y la planta se convierten en nuestro refugio de la sociedad acelerada que nos encontramos.

Dedicado a mi hijo, Santiago.

## ÍNDICE

Resumen y palabras claves.....	3
Introducción.....	4
Capítulo 1: El Jardín.....	10
Capítulo 2: El Jardinero.....	15
Capítulo 3: Arte y Naturaleza.....	22
Reflexiones finales.....	27
Bibliografía.....	30

## RESUMEN

El jardín es un espacio cerrado que el humano utiliza con distintos propósitos, tales como ornamentales, alimenticios, medicinales y de relaxo. Este trabajo investiga la relación entre el jardinero y su jardín. El objetivo principal es mostrar que a través de un jardín, el cuidador puede generar un vínculo con las plantas, creando un reflejo de la personalidad del jardinero en su entorno, como consecuencia del habitar un espacio.

A través de experiencias propias y del análisis de fuentes secundarias, se busca reflexionar en torno al diálogo que existe entre el espacio y el creador, y cómo este se puede ver reflejado en las plantas utilizadas al momento de cuidarlas y el impacto que puede lograr un jardín en la cultura acelerada en que vivimos.

**PALABRAS CLAVES:** Jardinero, jardín, naturaleza, autoconocimiento, giro ecológico, interdisciplina

## INTRODUCCIÓN

Muchas veces pensamos que nacimos en el lugar equivocado, que nuestra constante búsqueda por la naturaleza se ve obstaculizada debido a la ciudad que habitamos. Me cuesta ver el lugar donde resido como un espacio donde puedo conectarme con las plantas, la tierra, el agua y la inmensidad que puede ser el planeta. En cambio, me encuentro inmersa en un lugar donde reinan los edificios, construcciones y el cemento de la ciudad. Santiago es una ciudad que refleja la desconexión entre lo construido y la vegetación, generando entornos donde no se integra lo verde a sus edificaciones ni a sus fachadas. Al final, solo me encuentro con espacios grises, donde las zonas verdes como las plazas, jardines y parques son lugares delimitados, casi como un espacio de descanso entre medio de esta jungla de cemento.

La mayor parte de mi infancia la pasé en las plazas cercanas a donde vivo, espacios donde logré conectar con este pequeño pedazo de naturaleza controlada. Un paisaje diseñado para que los niños pudieran jugar, pero que para mí se convirtió en algo más: fue mi cobijo y lugar de exploración donde entendí que era ahí donde podía - aunque sea por unos minutos - descansar de esta ciudad acelerada.

A medida que fui creciendo, empecé a dejar de lado las plazas y me integré por completo a la ciudad, abandonando esa necesidad de estar arriba de los árboles y empecé a acostumbrarme a estar en el metro, en las cuatro paredes donde vivía y estudiaba. Sin darme cuenta me distancié de las plantas, comencé a pensar que mi vida cotidiana y la naturaleza eran cosas totalmente separadas. Esta desconexión de mi entorno natural tuvo un profundo impacto en mi bienestar emocional. Como señala Sánchez, “Mientras tanto nuestra alma y cuerpo se están destruyendo porque están apartados de su origen natural, en la Naturaleza encontramos todo lo que una persona necesita porque ella es fuente de salud” (Sánchez, 2018, p. 17). La falta de contacto con la naturaleza me hizo sentir una profunda sensación de vacío y desarraigo.

Es por esto que, durante la pandemia, en la búsqueda de salir de mi casa, empecé a frecuentar los lugares que me permitía el encierro: las plazas. Comencé a cultivar alimentos, flores y hierbas medicinales, como un ejercicio para volver a reconectar con lo que alguna vez me hizo sentido. Aprendí de los procesos de las plantas, como germinar una semilla correctamente, el cuidar de sus hojas y frutos e incluso aceptar la muerte de algunas. Me transformé en una jardinera.

Logré entender mejor lo que pasaba por mi mente y mis metas de vida. Cuidar plantas abrió una puerta de autoconocimiento y me sentí realmente conectada a mi ser y a la tierra que estaba pisando. Como dice el autor Franco Cid: “La experiencia estética que nos ofrece el jardín nos permite ver lo bello en el mundo material facilitando el reconocer lo divino en mi” (Cid, 2020, p. 1). A través de este proceso, comprendí que la naturaleza no es solo un entorno externo, si no una parte integral de mi ser.

Los jardines existen desde que el humano decide dejar de lado la vida nómada y comienza a cultivar sus alimentos. Gilles Clement hace la analogía de cómo el primer jardín es aquel del ser humano que decide parar su vagabundeo (Clément, 2019, p. 12). La búsqueda de cultivar su propio alimento llevó al humano a convertirse en sedentario, y en consecuencia, a crear jardines. La palabra “jardín” proviene de la germánica Garten, que significa “cercado”, un espacio con limitaciones para proteger lo que contiene y evitar que intrusos entren. Actualmente seguimos aplicando el “cercado” a muchos ámbitos de nuestra vida, creamos plazas cada vez más contenidas, delimitamos los espacios de nuestras casas con rejas, entre otros. Solemos dividir para poder clasificar, muchas veces perdiendo el sentido de lo que estamos cercando.

El estilo de jardines ha variado en el transcurso de la historia, en donde cada cultura determina el concepto “más correcto” según su clima, especies, temperatura, etc. En el siglo XVI Jean Le Breton, ministro de Francisco I, creó el jardín construido de terrazas, en donde el césped y los árboles alineados se encuentran a mayor altura, luego, en la planta media está situado el huerto y por último, en la parte más baja se encuentran los animales (Clement, 2019, p.18): Una búsqueda por la simetría y la demostración de cómo el ser

humano tenía dominio absoluto sobre la naturaleza. Con una división de terrazas clasificatoria sobre lo que es más divino tiene que ir en más altura y lo más mundano como los animales ojalá no verlos.

En los jardines franceses de esa época prevalece la imagen y la idea de que debía leerse a la perfección desde las ventanas del castillo. Desde ese momento en la historia, el jardín pasa a ser un objeto para el humano, donde la naturaleza está a disposición del hombre buscando siempre la perfección, creando monocultivos, eliminando las malezas, el control de crecimientos de las plantas, la genética, los pesticidas, decretando lo que es belleza y es digno de estar en el jardín y lo que no sirve.

El término jardinero puede abordar a muchos individuos, podemos hablar sobre el encargado de ver que la plantación de papas funcione correctamente, el paisajista que revisa el orden de las plazas, el amateur que planta en su casa alimentos, el ciudadano que no tiene patio y las macetas se convierten en el sostenedor de su jardín, al individuo que intentó cuidar con mucha dedicación su primera planta y se le murió. Cualquiera puede denominarse jardinero, pero no todos llegan a tener la conexión y entendimiento con las plantas como a las personas que hacen del jardín su propio espacio de individualidad. Es por esto que denominaremos jardineros a los que exploran los matices y caminos que nos ofrecen los jardines, la práctica del cuidado y apreciación de ellos, donde conciben al “organismo jardín” como una entidad compleja, única, con múltiples niveles de composición, procesos, relaciones y entidades que coexisten en el (Cid, 2020, p. 112).

El camino del jardinero para entender su espacio es vital. En el jardín se puede ver reflejada la personalidad de su creador, sus motivaciones, sueños, frustraciones y fracasos. Es un espacio donde se puede observar el tiempo transcurrido, lo que ocurre y lo que sucederá con solo observar las plantas. El tiempo invertido, el cuidado, la observación son las primeras cosas que podemos notar al estar ante un huerto. Se ve reflejado, por ejemplo, en cómo el amante de las plantas de verano, las cuales entregan sus frutas durante toda la temporada, se ve derrotado al momento de que empieza el otoño y todas sus plantaciones llegan a su final, es como si la muerte de sus tomates indicará el inicio de su depresión.

Pero igual logras ver esa pequeña esperanza en sus ojos, cuando el jardinero colecciona las semillas para el nuevo ciclo de sus plantas y la emoción que le otorga la primavera porque significa que le toca germinar sus semillas favoritas.

“El jardín se desarrollará en la medida que el jardinero/paisajista se vincule con el espacio y con las personas que habitan o visitan el lugar recorriendo y llenando de significado los espacios a intervenir, transformándolo y siendo transformados” (Cid, 2020, p. 112). Estas ideas dan apertura a nuevas formas de entender el jardín, como una forma de conectar con el territorio y cómo el jardinero interactúa con su cuerpo y mente ante su espacio, esto crea los cimientos para este nuevo jardín, con personalidad propia e ideales, con finalidades distintas. Es por esto que durante esta investigación analizaremos al jardín como un espacio de autoconocimiento y conexión para la persona que lo cuida, respondiendo preguntas tales como: ¿Qué tipo de jardines existen en nuestra sociedad? ¿Cómo el cuidado de un jardín puede mejorar el bienestar emocional? ¿Qué emociones se experimentan al cuidar las plantas y cómo se relaciona a la vida cotidiana actual? ¿Cómo la práctica artística puede contribuir a una mayor conciencia sobre la importancia de la naturaleza?

El jardín es una herramienta de autoconocimiento y de espacio meditativo para quien lo posee, requiere una rutina de cuidados y tiempo invertido. Aprender sobre los procesos de las plantas hace que uno pueda entender que en este mundo, donde todo es muy rápido, hay cosas que aún se toman su tiempo. En el jardín “nuestros sentidos son perfundidos de las fuerzas y formas del entorno permitiendo un estado de atención plena, de esta forma podemos observar con actitud meditativa nuestros movimientos anímicos interiores y a través de una “viviente contemplación de la naturaleza” (Cid, 2020, p.112).

La rutina del jardinero está influenciada por sus plantas, hay que observarlas constantemente, chequear que estén saludables, y si es necesario regarlas o combatir una plaga. Este ejercicio de observar, permite que las estimulaciones excesivas disminuyan, abren espacios para la concentración y permiten dirigir la atención hacia uno mismo. Al dedicarle atención a las plantas, comenzamos a dedicarle tiempo a la propia mente.

Creo en la importancia de conocerse a uno mismo para poder desenvolverse en el mundo actual, y para esto existen muchos procesos de aprendizaje con los vegetales que se pueden ir incluyendo en la vida diaria. Sentirse parte de la naturaleza nos permite ser más empáticos, nos permite entender que estamos insertos en una sociedad que tiene un ritmo acelerado, en el cual podemos ver cómo el humano crea estructuras de un día para otro. Estamos acostumbrados a ir al supermercado y siempre esperamos que los vegetales estén en su mejor estado y se nos olvida todo el proceso y esfuerzo que conlleva cultivar esa fruta.

El jardín, lejos de ser un espacio aislado, es un ecosistema complejo donde múltiples elementos interactúan entre sí. Desde los insectos polinizadores hasta los microorganismos del suelo, cada componente desempeña un papel fundamental en el equilibrio del sistema. Esta interdependencia, sin embargo, ha sido a menudo subestimada en la historia de la jardinería, donde se ha privilegiado una visión antropocéntrica que busca controlar y dominar la naturaleza. “La tradición excluye el territorio ajardinado a todas las especies añiles y vegetales vivas que eluden el dominio del jardinero” (Clément, 2021, p. 11). Es como si el humano estuviera en busca de una perfección artificial. Sin embargo, la Tierra es una inmensa red donde todos los seres están interconectados. Comprender esta complejidad es esencial para repensar nuestra relación con los jardines y la naturaleza en general.

Mi investigación se enraíza en la tradición artística que ha encontrado en la naturaleza una fuente de inspiración. Desde los pintores que buscaban capturar la esencia de un paisaje hasta los escultores que moldeaban la materia para crear formas orgánicas, el arte ha tenido una estrecha relación con el mundo natural. Al igual que los paisajistas del pasado, busco crear espacios que evoquen emociones y sensaciones, pero a diferencia de ellos, mi estudio se centra en la experiencia subjetiva del jardinero que le entrega el jardín, explorando como el cuidado de las plantas puede ser un camino hacia el autoconocimiento y la conexión con el mundo que nos rodea.

Este trabajo, explorará la profunda conexión entre los seres humanos y los jardines. En primer lugar, analizaremos cómo el diseño y la composición de un jardín pueden influir en nuestro bienestar y en nuestra percepción del espacio, exploramos distintos tipos de jardines y los elementos que los conforman, desde la elección de las plantas hasta la disposición de los espacios. A continuación, nos centraremos en la figura del jardinero y en la relación única que establece con su creación. Veremos cómo el acto de cuidar un jardín puede tener un impacto positivo en nuestra salud mental y emocional, y cómo las plantas, a su vez, responden a nuestros cuidados. Finalmente, exploramos la intersección entre la naturaleza y el arte, con un enfoque especial en el concepto de paisaje. Veremos cómo los artistas han utilizado el entorno natural como medio de expresión y cómo esta práctica se relaciona con mi propia obra visual.

Esta investigación se hará estudiando distintas fuentes secundarias y en especial al autor Gilles Clément, un arquitecto, paisajista y jardinero que en sus distintos libros abarca la relación humano-naturaleza, historia de los jardines y reflexiones del jardinero. Además, se utilizarán publicaciones científicas que examinan los efectos fisiológicos y psicológicos de los espacios verdes en las personas, así como estudios sobre la interacción entre plantas y humanos. Para completar la perspectiva, realizaremos un recorrido histórico por el arte y cómo se ha vinculado con la naturaleza, con especial énfasis y en término de paisaje cómo ha evolucionado a lo largo de la historia. Esta relación entre arte y naturaleza permite comprender de manera más profunda la dimensión artística de mi obra y como esta se desenvuelve en la situación actual en que vivimos

## CAPÍTULO 1: EL JARDÍN

El caminar por Santiago siempre fue un poco abrumador para mí, me ahogaba ver que en esta jungla de cemento no había cabida para lo natural. Todo tiene su espacio asignado, incluso las plantas. Como señalan Santamaria y Román: “En la ciudad, lo natural no suele ser bienvenido. Todo debe ser milimétricamente controlado y autorizado. Queremos naturaleza, pero a poder ser, a cierta distancia” (Santamaria et al., 2022, p. 94). Es por esto que cuando me encuentro con una planta que logró romper el cemento para poder crecer y situarse en la ciudad, me llena de esperanza, esa espontaneidad de lo natural de hacerse su propio camino, incluso en situaciones en donde pareciera que no tiene oportunidad de vida, esa resiliencia hace que me sienta más viva.

Al ver jardines como el de Versalles, donde está todo controlado a la perfección, me causa un poco de extrañeza, ¿por qué el humano siempre busca tener el control? Gilles Clement, quien por años trabajó en estos jardines reflexiona: “El jardín es todavía un cuadro reglado en homenaje a la razón. En él, la naturaleza, confusa, mal ordenada, se combate y se expulsa” (Clement, 2019, p. 21). Muchas veces este control nos hace sentir que estamos sobre los demás, sobre todo arriba del mundo natural, donde podemos construir y destruir como queramos.

Es por esto que mi investigación inició con la búsqueda del punto en común entre la naturaleza y el ser humano, pero al empezar a estudiar solo me di cuenta que esa separación era irreal. Entonces, ¿por qué existe esta concepción de que somos algo separado? Históricamente, se ha desarrollado una visión antropocéntrica que considera al ser humano como dominador de la naturaleza. Esta perspectiva se ve ejemplificada en las reflexiones que hace Ana María Guasch cuando se refiere a los giros en las prácticas de arte contemporáneo, particularmente referidas a la resignificación de la naturaleza: “La naturaleza ya no es una fuerza separada de la actividad humana, la naturaleza no es un obstáculo, tampoco un armonioso otro. La humanidad forma la naturaleza. Humanidad y naturaleza son una misma cosa” (2016, p.212).

A pesar de la evolución de las perspectivas sobre la relación humano-naturaleza, siguen existiendo prácticas que reflejan una visión antropocéntrica. La agricultura industrial, la deforestación, los monocultivos y la urbanización descontrolada son ejemplos de cómo la naturaleza sigue siendo explotada a beneficio del ser humano. En este contexto, el rol del jardinero ha evolucionado, pasando de ser un cuidador de la naturaleza a ejecutor de tareas, a menudo desconectado de los procesos naturales.

A lo largo de los años, mi interés por los jardines me ha llevado a explorar una gran variedad de espacios verdes. Si bien he participado en jardines comunitarios y he cuidado de los míos, siempre me han fascinado aquellos que se asemejan a pequeñas selvas. La exuberancia y la espontaneidad de estos jardines, donde las plantas crecen de manera más libre y desordenada, contrastan con la rigidez y la planificación de otros espacios verdes. En lugar de buscar un orden estricto y una clasificación rígida de las especies, me atrae la riqueza y la diversidad de los jardines selváticos, donde la naturaleza parece tomar el control y sorprendernos con su creatividad.

En el jardín - y únicamente en él- la naturaleza se presenta según un orden en particular. En cualquier otra parte, en el paisaje agrícola, se niega la naturaleza de forma radical. Y de un paisaje no agrícola, se dice que es salvaje, lo que excluye la noción del orden. (Clement, 2012, p.12).

Con frecuencia, el orden se asocia con limpieza, pero en mi experiencia, he observado como el viento, los pájaros y otros agentes dispersan semillas, creando patrones de crecimiento inesperados y enriquecedores. La limpieza excesiva y la eliminación de cualquier elemento que no encaje en nuestra visión de un jardín perfecto pueden interrumpir estos procesos naturales y limitar la biodiversidad. Clement (2012) considera que la historia del jardín muestra al hombre luchando de forma constante con los cambios de este, es como si intentara oponerse a la entropía general que rige el universo, cuando en realidad el terreno de cambios continuos solo trae cosas positivas al mismo terreno.

Entendemos que jardín significa cercado, algo que proteger, pero considero que el humano se volvió extremista con este significado al no permitir que nada que no esté planeado entre, y si logra pasar el criterio del humano es una planta privilegiada o con un uso específico. ¿Puede un jardín gestionar estas nuevas “invasiones” no previstas? Clement reflexiona acerca de esta pregunta de la siguiente manera: “La erradicación de una especie es siempre un fracaso: es afirmar que el estado actual de nuestros conocimientos no nos permite otro recurso que el de la violencia” (Clement, 2012, p.19). Tenemos que aprender a incluir a estos nuevos huéspedes y luego orientarlos, considerarlos oportunidades de aprendizaje sobre lo vivo.

Desde la industrialización, el humano empezó a ocupar productos químicos para eliminar lo no deseado del jardín, confiando en productos que incluso tienen una calavera en la etiqueta. Los libros de jardines no hablan de los animales en libertad, salvo como luchar contra ellos (Clement. 2021). Pájaros, setas, lombrices, hormigas e insectos no conocen la diferencia entre el jardín y su espacio salvaje, es todo habitable para ellos y el humano sigue considerándolos intrusos. Es hora de reconocer que podemos coexistir pacíficamente con estas especies, aprovechando la ayuda que nos brindan, como la polinización y el control natural de plagas. Al fomentar la biodiversidad y crear hábitats adecuados para insectos benéficos, podemos reducir la necesidad de recurrir a pesticidas químicos altamente venenosos y establecer un equilibrio más sostenible en nuestros jardines. Por ejemplo, si plantas flores ricas en néctar atraerás a los insectos polinizadores, que a su vez se alimentan de pulgones y otros pequeños insectos, contribuyendo a mantener a raya las plagas de manera natural, además de aumentar la maduración de las frutas con la polinización.

Es por esto que es fundamental comprender que somos parte integral de un sistema planetario interconectado; “Un nuevo tipo de contrato entre los seres vivos, los animales, las plantas, los productos y los objetos, entendiendo el planeta tierra como un inmenso *network* donde aparecen nuevos estados de la materia y nuevas formas de relación” (Guasch, 2016, p.205). Esta visión nos invita a trascender la dicotomía entre lo humano y lo natural, y a reconocer que compartimos un mismo destino. En el jardín, esta perspectiva

nos permite cultivar relaciones más colaborativas con todas las formas de vida. Al abandonar la idea de “intrusos” y fomentar la coexistencia, se crean espacios más saludables, resilientes y llenos de diversidad.

En nuestra sociedad, marcada por el consumismo, estamos acostumbrados a que el objeto que se rompe vaya a parar a la basura y no consideramos su ciclo de vida. Los residuos se han convertido en un problema global, y a menudo olvidamos que muchos materiales podrían tener una segunda vida. Recién en los últimos años el término de reciclar y reutilizar ha ganado más terreno, sin embargo, aún persiste la cultura de desecho. En relación a los desechos naturales, me entristece ver a los paisajistas de las plazas barriendo las hojas en otoño y colocándolas en bolsas, como si ellas fueran un objeto que tiene que eliminarse, lo que me hace pensar que no conocen el potencial que tienen. Estas hojas, lejos de ser basura, son un elemento fundamental del ciclo natural, enriqueciendo el suelo y protegiendo las raíces de los árboles. Toda materia orgánica es susceptible para reciclarse, es aquí donde el compost es una buena forma de convertir los residuos orgánicos en nueva materia nutritiva para la tierra.

El compost, encargado de convertir los residuos orgánicos en nuevo alimento, es un ejemplo de cómo podemos reciclar y obtener algo nuevo de lo viejo. Clement se refiere a este proceso como: “El sector rey, el corazón del jardín. Todo va para él y todo sale de él” (Clement, 2021, p. 47). Este ciclo de vida y muerte, de descomposición y regeneración, es un modelo perfecto para entender la interconexión de los seres vivos. Si aplicamos los principios del compost a nuestra relación con el planeta, podríamos reducir significativamente la producción de residuos y fomentar una economía circular. El jardín no genera desechos, solo el desplazamiento de los objetos para transformarlos en materia prima, con su capacidad para transformar y regenerar, se convierte en maestro y modelo a seguir para crear un mundo más justo y equilibrado.

Es por esto que el jardín puede ser nuestro gran maestro, enseñándonos sobre los principios de la economía circular y los procesos de las plantas. Al observar su crecimiento, su capacidad de resiliencia y las atenciones que requiere, comprendemos la importancia de

cuidar nuestro entorno. Si como humanos empezamos a ver el planeta como un jardín, ya que ambos son cercados y contienen naturaleza, logramos aceptar la naturaleza como “una posible energía de colaboración en un proyecto común entre el hombre y su entorno” (Clément, 2019, p. 88). Es por esto que podemos empezar hablar del término del jardín planetario, Gilles Clément explica que el mantenimiento de su existencia no depende de unos sabios, sino de una conciencia colectiva (Clément, 2007, p.26). Si juntos como humanos aprendemos del jardín, llegaremos a tener una relación más sana con nuestro hogar, considerándolo parte fundamental del funcionamiento global de los procesos biológicos y no dirigimos hacia la destrucción de este.

## CAPÍTULO 2: EL JARDINERO

Aún recuerdo mi primer jardín, era pequeña y no sabía muy bien lo que estaba haciendo, sin embargo, me sumergí a experimentar con la jardinería con mucha ilusión y ganas de aprender. Mis macetas tenían tomates, lechugas y albahacas, alimentos que eran mis favoritos. El momento en el que me comí mi primer fruto cosechado fue uno de los más gratificantes, el sabor era único, distinto al tomate del supermercado, pero lo que más me marcó fue la alegría de pensar “yo planté esto”. Cuando volví de vacaciones ese año y vi como mi tomate murió por que terminó su ciclo, fue uno de los momentos más tristes, vi con añoranza todo el proceso que me llevó a poder recolectar el fruto.

El término del ciclo de esta planta fue un reflejo de cómo empecé a sentirme, ya no me dieron más ganas de jardinear y la alegría de estar en la tierra se convirtió en un sentimiento de nostalgia. El otoño se llevó consigo mis tomates y la energía que me entregaban. Un día, viendo el recuerdo de ellos en mis macetas me puse a llorar, siendo una niña sin entender muy bien los procesos de muerte y el cambio. Mi madre en un intento de animarme, me mostró cómo las semillas que provienen del fruto significaban un nuevo comienzo del ciclo del tomate para la época de primavera. Esta nueva enseñanza cambió mi forma de entender las plantas y su muerte, ya no era algo definitivo, solamente un nuevo comienzo. Desde ahí en adelante mi relación con la muerte fue mucho más amena y respetuosa, logre emocionarme de igual manera cuando germinaba una semilla a cuando se empezaban a secar las plantas.

Mi huerto empezó a parecerse a mí, ahí cultivaba mis sueños y mis gustos, y cuando mi mente estaba desgastada por distintas situaciones de la vida, mi jardín también sufría. Sin darme cuenta se comenzó a crear un espejismo entre mi huerto y yo. Es por esto que, al momento de visitar distintos jardines, buscaba encontrarme con la personalidad de su cuidador. El tipo de plantas, el orden, el salvajismo, el tipo de contenedores de tierra, las herramientas, todos estos detalles eran pequeñas pistas que mostraban cómo era su jardinero:

Al fin y al cabo, el jardín, un orden del alma humana y semejante al orden de los demás espíritus, se ordena en función del alma completa y no parcial, del alma activa y no perezosa, y no conoce meapilas estéticos, a excepción del paseante, a quien no censura actitud alguna: el jardín busca al jardinero. (Cid, 2020, p.112).

Cid nos invita a reflexionar sobre esta conexión profunda entre el jardín y su cuidador, cada jardín es un reflejo del alma de quien lo cultiva, un microcosmos de su personalidad y sus vivencias. La unión entre el cuidador y su espacio son inseparables, se buscan uno al otro y juntos se complementan. Este lazo hace la diferencia entre un jardinero y un “encargado de cuidar unas plantas”, cualquiera puede tener plantas como ornamento, pero para mí el verdadero jardinero es quien logra conectar y generar una experiencia con los procesos propios de los vegetales y llega a tener un cambio cerebral al estar cerca de ellos.

A medida que profundizaba en mi relación con las plantas, comencé a darme cuenta de lo significativo que era el simple acto de cuidarlas. La rutina de observar su crecimiento, de atender sus necesidades, me proporcionaba una sensación de calma y bienestar que encontraba difícil de explicar. La constancia en esta práctica me permitía conectar con el presente de una manera única, alejándome de las preocupaciones del día a día. Al cuestionar los motivos detrás de esta profunda conexión, descubrí numerosos estudios que respaldan la idea de los "jardines sanadores", estos estudios exploran cómo los espacios verdes pueden tener un impacto positivo en nuestra salud mental y física.

Como vimos anteriormente, el jardín es un espacio delimitado que ofrece un refugio ante el ajetreo de la vida cotidiana. Según Stigsdotter y Grahn, este espacio permite que el visitante sienta que se encuentra al exterior de la vida pública y sentirse a salvo (Stigsdotter, et al, 2002). Al crear una burbuja de tranquilidad, el jardín nos invita a desconectarnos de nuestras preocupaciones y sumergirnos en un mundo de sensaciones y experiencias únicas. La interacción con los elementos naturales, como el suelo, las plantas y el agua, estimula nuestros sentidos y nos conecta con algo más grande que nosotros mismos. Al sumergirnos en este entorno, nuestros sentidos se despiertan: el olfato percibe la fragancia de la lavanda y la tierra húmeda, el oído capta el canto de los pájaros y el susurro del viento, el tacto se

deleita con la suavidad de las hojas y la rugosidad de la corteza, el gusto saborea la albahaca y la vista se pierde en la belleza de los paisajes contenidos en el jardín. Esta sinfonía sensorial nos ancla al presente, favoreciendo un estado de atención pleno, similar al que se experimenta durante la meditación.

En el artículo de los autores Ulrika A. Stigsdotter y Patrick Grahn, llamado “What makes a Garden a Healing Garden?” presenta distintas teorías sobre los beneficios del ambiente del jardín. Revisaremos las principales para poder explicar el cómo y el porqué del fenómeno que ocurre al estar en este espacio.

La primera teoría afirma que “los efectos sobre la salud se deben a una influencia restauradora sobre los centros emocionales del sistema límbico del cerebro, causada por el entorno, sobre todo por los alrededores similares a la naturaleza y la naturaleza salvaje” (Stigsdotter, et al, 2002). El sistema límbico está involucrado en el control de las emociones, las motivaciones, la conducta, la iniciativa, el mantenimiento o supervivencia del individuo o de la especie, la memoria y el aprendizaje (Saavedra, et al, 2015, p. 29). Es por esto que, al estar en los alrededores naturales, el sistema límbico tiene más actividad, porque las personas confían más en sus reflejos subconscientes. La oscuridad, el peligro de animales salvajes, los insectos, la tierra suelta hace que uno esté más alerta y el cuerpo reaccione ante tales situaciones. También el sistema se ve involucrado cuando, por ejemplo, vemos un lago o un campo abierto, estos impulsos provocan reflejos que nos relajan (Stigsdotter, et al, 2002, p.62). Estas áreas naturales abiertas, luminosas y frondosas pueden tener restauraciones más rápidas después de presentar un episodio de estrés, porque el cuerpo inconscientemente se relaja.

La segunda teoría proviene directamente de las actividades que se pueden hacer en el jardín, el observar, regar, sembrar, podar. Como afirman los investigadores: “El ser humano es en esencia una criatura activa, y la actividad es saludable en sí misma. Si tiene la oportunidad de usar su cuerpo y su mente en la búsqueda de ocupaciones placenteras y significativas, se siente recompensado” (Stigsdotter, et al, 2002, p. 63). Estas actividades, según Csikszentmihalyi, promueven lo que él denomina ‘flujo’: Un estado en el que las

habilidades personajes se encuentran en equilibrio con los desafíos de la tarea, generando “una sensación de bienestar, compromiso y olvido del tiempo y de sí mismo (Csikszentmihalyi, 1990, p. 6). La jardinería, al combinar ejercicio físico y procesos cognitivos, facilita la experiencia del flujo, contribuyendo así a una mejor satisfacción personal. Es por esto que consumir un fruto cultivado por uno mismo entrega mayor satisfacción que al comprarlo en el supermercado.

La tercera teoría integra los aspectos positivos de las dos anteriores: Al interactuar con su jardín, el individuo experimenta una transformación personal. La combinación de elementos visuales y olfativos y las actividades realizadas en el espacio verde, favorecen una visión más positiva de sí mismo y sus capacidades (Stigsdotter, et al, 2002, p. 64). El jardinero se siente correspondido en su jardín, convirtiendo el espacio en un microcosmo donde el individuo encuentra su lugar en el mundo, su identidad.

Ahora, ¿el jardín afecta de igual manera a todas las personas? La respuesta es no, ya que se ha comprobado que “la experiencia de una persona con la naturaleza dependerá de cuánto puede absorber del entorno y cuán fuerte sea su poder mental” (Stigsdotter, et al, 2002). Por ejemplo, un espacio verde de alta exigencia puede ser abrumador para personas que sufren altos niveles de ansiedad, mientras que un jardín más tranquilo y simple puede ser ideal para la contemplación. Por esto mismo, jardines con alta exigencia de actividad pueden ser muy adecuados para jardineros con más poder mental y con mayor necesidad de involucrarse con el espacio mediante actividades propias del jardín. Por lo tanto, la elección de plantas, la disposición de ellas en el espacio y el nivel de actividad requerido deben adaptarse a las necesidades y preferencias individuales de cada jardinero. Y para lograr un jardín completo que abarque todos los rangos mentales es necesario tener zonas de más estimulación y otras de contemplación.

El estado mental del individuo se va a ver reflejado en las plantas, en su disposición, y cuidados del jardín. Por esto mismo, creo que la personalidad del jardinero se ve reflejado en su jardín. Personalmente, muchas veces las tareas del huerto fueron más demandantes que mi situación mental, lo que hizo que me fuera desconectando del propio jardín, ya que

se convirtió en una fuente más de estrés, pero si me encontraba en un bosque del sur de Chile, donde no tenía que hacer nada, solo contemplar y ser parte del paisaje, mi estrés bajaba considerablemente.

Durante esta investigación, me surgió la duda si es que las plantas también reciben e interactúan con los estímulos por parte de los humanos o si estas pueden lograr conectar con las personas como nosotros respondemos a ellas. Buscando la respuesta a esta duda, encontré el libro “La vida secreta de las plantas”, escrito por Peter Tompkins y Christopher Bird. Durante el texto hacen una recopilación de distintos experimentos científicos que se les hicieron a las plantas para poder saber si estas reaccionan ante los estímulos y afectos que le entrega el humano.

En los años 60, Cleve Backster, un reconocido experto en polígrafos, hizo un experimento que desafiaba las creencias establecidas. En 1966, después de haber trabajado toda la noche en la escuela de polígrafos donde enseñaba la habilidad de detección de mentiras, decide conectar su polígrafo a una *Dracaena Massangeana*, la única planta que adornaba su oficina. Su objetivo era sencillo; medir la respuesta de la planta al agua. Mientras observaba como la planta absorbía el agua pudo ver que la parte del polígrafo con forma de aguja que traza líneas en una hoja cuadriculada, llamada galvanómetro, empezaba a descender. Backster se preguntó: ¿sería posible que las plantas fuesen capaces de exteriorizar emociones? Intrigado, decidió poner a prueba la hipótesis, sometiendo a la planta a situaciones que, según su experiencia con humanos provocaría una reacción emocional. Fue ahí cuando decidió quemar la hoja que contenía los electrodos:

En el momento mismo en que se reflejó en su mente la imagen de llama, y antes de que pudiese buscar el fósforo, se produce un dramático cambio en el papel cuadriculado: la pluma grabadora marcó una prolongada línea ascendente. Backster no se había movido ni hacia la planta ni hacia la máquina grabadora. ¿Será posible que la drácena estuviera leyendo su pensamiento?. (Tompkins, et al., 1973, p. 24).

Este experimento fue un antes y después en su carrera. Pasó de ser un solicitado lector de polígrafos, a un científico que experimentó con una gran cantidad de plantas para poder responder la duda si es que las plantas podían sentir. Al aplicar el mismo ejercicio en otras especies de plantas, éstas presentaron el mismo resultado. Sabiendo que este descubrimiento para la sociedad científica iba a ser muy cuestionado, busco incansablemente la forma de poder demostrar que su hipótesis era verdadera, invitando a distintos científicos para poder ver los resultados con ellos.

En un experimento con un filósofo de Canadá que quería observar la reacción de las plantas, resultó que, durante los ejercicios, ninguna de las tres plantas las cuales tenían el polígrafo reaccionaron. En la búsqueda de descubrir qué hizo que no hubiera respuesta alguna, le preguntó a su visitante si es que en su trabajo les hace daño a las plantas, a lo que él respondió que sí; que tuesta las plantas para obtener el peso seco. Luego que el filósofo partiera al aeropuerto, las plantas volvieron a reaccionar ante los electrodos del polígrafo con normalidad: “Esta experiencia confirmó que la idea de Backster de que las plantas podían ser hipnotizadas o aturcidas adrede por los seres humanos” (Tompkins, et al., 1973, p. 28). Es increíble pensar que estos seres -que la mayoría ocupa como algo decorativo- estén totalmente atentas a su alrededor, no solamente respondiendo a los estímulos naturales como el agua y la luz, sino que también en su propio lenguaje reaccionando ante los humanos.

Esto me hace cuestionarme si los cultivos y frutas que uno cultiva en casa sienten dolor o satisfacción cuando los cosechamos o consumimos. Tal vez ninguna de las dos, pero me gusta creer en la posibilidad de que estas no sufren cuando hay un ritual de amor, de comunicación auténtica entre el que come y lo que come. Esta respuesta podría verse explicada en otra de las observaciones de Backster: “notó que parecía crearse una especie de comunicación o vínculo de afinidad entre una planta y su cuidador” (Tompkins, et al., 1973, p. 30). Estas observaciones las obtuvo utilizando cronómetros sincronizados, donde pudo advertir que sus plantas reaccionan a su pensamiento y atención incluso desde distintas distancias. “En cuanto se sincronizan con una persona en particular, las plantas parecen ser capaces de establecer una relación permanente con ella, vaya donde vaya”

(Tompkins, et al., 1973, p. 31). Gracias a las publicaciones de Backster de sus experiencias, despertó tal interés en la ciudadanía que como consecuencia las amas de casa empezaron a hablarle a sus plantas.

Estas observaciones pueden abordar el cuestionamiento sobre la relación que tiene el cuidador y el cuidado, y cómo la personalidad de uno puede afectar en el otro. Me hace más sentido el hecho de que mis plantas al momento de pasar por un momento de depresión, se encuentren con menos vitalidad. Ya no es solo el vínculo y beneficios que obtiene el humano al momento de rodearse de plantas, si no que ellas también reciben un estímulo al momento de ser amadas. Esto lo pudo observar Marcel Vogel, un prestigioso químico, que al momento de leer el artículo de Backster lo motivó a comprobar los experimentos en sus propios laboratorios, donde quería comprobar si es que un filodendro establece comunicación registrable con un ser humano:

Conectándolo con un galvanómetro que produce una línea base recta, se colocó delante de la planta, completamente relajado, respirando profundamente y tocándola casi con los dedos extendidos. Al mismo tiempo comenzó a proyectar sobre el filodendro el cariño y afecto que podría prodigar a un amigo. (Tompkins, et al., 1973, p. 48).

Los resultados del experimento fueron los siguientes: cada vez que Vogel hacía esta acción, la pluma registraba oscilaciones ascendentes. Esta respuesta de la planta se asimila cuando dos enamorados o amigos íntimos se ven y los cerebros liberan energía. Los experimentos de Vogel nos revelan una dimensión sorprendente sobre la relación entre humanos y plantas: una profunda conexión emocional. Al proyectar amor y afecto hacia la planta, estamos estableciendo un diálogo sutil que trasciende las palabras. La respuesta de la planta, registrada en el galvanómetro, sugiere que existe una comunicación energética entre ambos seres vivos, por un lado, en el humano se refleja en la respuesta de su sistema límbico y en la planta se refleja con estímulos eléctricos. Aunque no podamos descifrar el lenguaje de las plantas, los jardineros experimentados pueden percibir un agradecimiento sutil a través de su intuición y sensibilidad.

### CAPÍTULO 3: ARTE Y NATURALEZA

Desde las primeras inscripciones rupestres que dejaron nuestros ancestros en las paredes de las cavernas paleolíticas hasta las monumentales intervenciones en el paisaje del Land Art, la relación entre el arte y la naturaleza ha sido una constante en la historia de la humanidad. Durante siglos, los artistas han utilizado diversos medios y lenguajes para explorar, interpretar y transformar el mundo natural, buscando establecer un diálogo profundo y significativo con su entorno. Esta búsqueda de representar y resignificar la naturaleza, ha sido un motor fundamental en la creación artística.

El paisaje es un término que se ha utilizado en distintos ámbitos, el más ocupado es sin duda el cultural, donde se le otorga un sentido patrimonial. La gente viaja kilómetros para ver un paisaje que solo han visto en fotos, solo para poder experimentar esa famosa portada con sus propios ojos. Como dice el arquitecto Quesada, “no hay que olvidar que, en la cultura occidental, el concepto paisaje ha sido una invención de la pintura” (Quesada, 2007, p. 98). ¿Cómo este término que comenzó en la pintura, ahora es tan utilizado alrededor del mundo? Durante el año 1561, el dibujante Anton van den Wyngaerde recorrió España haciendo dibujos cartográficos de pueblos y ciudades a pedido del rey Felipe II. Sus trabajos eran muy precisos, llegando a considerarse piezas artísticas, sin embargo, en ese tiempo “aún no ha empezado a haber contemplación del entorno como paisaje hasta que los artistas pintores han comenzado a representarlo” (Burgi, et al, 2007, p. 13). Los dibujos de Wyngaerde eran totalmente utilitarios, algo que no se busca con el paisaje. Burgi lo explica de esta forma:

Para poder acceder en la cultura occidental al concepto de ‘paisaje’ ha sido necesario superar la idea de utilidad realizando un giro conceptual hasta fijar la atención en la observación placentera, sobre la delectación de los sentidos, tal como se hace con la percepción de una obra de arte. (Burgi, et al, 2007, p. 14).

El paisaje no es solo un lugar físico, sino una experiencia subjetiva que se construye a través de la mirada. Disfrutar un paisaje implica un acto de contemplación estética, donde

el observador hace uso de su propia sensibilidad y perspectiva para darle sentido y belleza al entorno.

En el medioevo, la iglesia era muy estricta con lo que se podía pintar y lo que no. Las pinturas tenían el fin de narrar los hechos memorables de la religión y la naturaleza pasaba a ser parte decorativa del cuadro. Estos espacios entre las figuras centrales fueron recibiendo el nombre de ‘fondos’, ‘lejos’, y ‘cielos’, pero poco a poco, fueron generando un interés plástico, convirtiéndose en un género autónomo. Incluso artistas eliminaban el fondo: “Esta renuncia a la ambientación tiene por objeto centrar la atención en la historia de las figuras que ellos representan” (Burgi, et al, 2007, p. 20). Recién en los periodos del Renacimiento y del Barroco se tuvo mayor consideración con este elemento, pero solamente para lograr un mayor énfasis en la historia que querían contar con sus pinturas.

Como señala el historiador del arte Javier Maderuelo, en su investigación sobre el paisaje llamado Paisaje y Arte (2007), a finales del siglo XVI, la reforma protestante comenzó a destruir las imágenes de la representación sagrada. Los artistas empezaron a buscar otras temáticas para pintar, como retratos, bodegones y las vistas de los países. Es en este momento en donde el género del paisaje surgió y llegó para quedarse, y además, empezó a tener su propio escenario: el paisaje tomó el protagonismo no como un fondo del cuadro, sino como un agente dramático del asunto que se trata. Los colores, la iluminación, la calidad ambiental fueron fundamentales para poder retratar estos extractos de naturaleza.

Desde la aparición de este término, las personas se comenzaron a dar cuenta de que el mundo tiene una belleza por función de sí mismo y que vale la pena retratarlo. El paisaje ha adquirido múltiples significados y dimensiones desde que surgió el término, una de ellas es la dimensión cultural, que le ha aportado al paisaje un sentido patrimonial (Quesada, 2007, p. 98). Un paisaje hoy es cultura, antes que una simple visión de lo natural.

Actualmente se le puede denominar paisaje a una fotografía de un basural de una ciudad, muy alejada a los cuadros románticos donde mostraban la naturaleza por su belleza y valores estéticos. Es por esto que es necesario entender el paisaje como formas de habitar

un lugar, “por esta razón, la arquitectura popular no solo es patrimonio, sino que es también y sobre todo, paisaje (Quesada, 2007, p. 106). La belleza del paisaje está en la expresión de una serie de valores estéticos y morales, en los que refleja la propia sociedad: cómo habitamos el mundo, el reflejo de los valores, las prácticas y las formas de vivir en ella.

¿Es un jardín un paisaje? Según lo que entendemos actualmente con este término sí. Al igual que cualquier otro entorno, un jardín refleja las relaciones sociales, culturales y estéticas de aquellos que los crean y habitan: es por esto que en mi búsqueda plástica quise llevar el jardín a lo artístico, haciéndome la siguiente pregunta: ¿Qué pasa cuando un jardín se convierte en el lienzo de un artista?

En mi obra, he llevado al jardín más allá de su función utilitaria, transformándolo en un espacio de experimentación y creación. Al utilizar plantas, tierra, semillas, musgo y otros elementos orgánicos, he construido un microcosmos donde la naturaleza y arte se entrelazan. Este jardín está situado en un invernadero creado con el propósito de mantener las condiciones adecuadas para las plantas. La estructura está ubicada en el patio de la facultad de artes visuales en la Universidad Finis Terrae, una lugar caracterizado por ser una caja de cemento, sin áreas verdes. Su infraestructura gris me generó la necesidad de tener un área verde, un lugar donde podría relajarme y sentirme más cómoda en mi casa de estudios.

El invernadero contiene objetos que denominaremos esculturas vivas, cuyas formas fueron inspiradas en la misma naturaleza: animales, troncos, rocas, árboles, nubes. La estructura de las esculturas es realizada con alambre, lo que me permite rigidez, pero a la vez maleabilidad según las necesidades de cada una. Luego, son recubiertas por distintos materiales, como musgo *Sphagnum* o fibra de coco, unidas por agar agar (una especie de gelatina proveniente de las algas). Esto me permite crear un espacio donde las plantas puedan hacer crecer sus raíces y continuar con su propio ritmo vegetativo. Las plantas seleccionadas para cada objeto son pensadas según el lugar en el que se situarán en el invernadero, esto depende de la cantidad de sol que les llega, y también en el tipo de

plantas, buscando un diálogo con la propia forma de la escultura. Hay plantas con mayor olor y otras con colores más vibrantes, las cuales intento que tengan mayor protagonismo.

Para mí es muy importante cómo ocupo el espacio donde está situada mi obra: el patio es de adoquines y entre sus espacios germinan semillas, también se integra una reja como pilar estructural, en donde se aprovecha esta misma estructura para hacer una pared con plantas. También dispongo de la canaleta la cual funciona como un ‘río’, en ella sitúo plantas acuáticas y otras que necesitan más humedad. La estructura tiene ventanas que dan a una jardinera propia del edificio. De esta forma, el invernadero se relaciona con el site-specific: El site-specific se distingue principalmente por la relación intrínseca con la ubicación. La especificidad del sitio nos indica que la obra no puede existir en la misma forma en otro espacio, perdiendo su significado si se reubica (Moussa, 2014, p. 10). Ya no es solamente la estructura del invernadero que sujeta la obra en un lugar específico, sino que es parte de la obra misma y si fuera reubicada perdería su sentido.

Mi obra se inscribe en la línea de exploración artística que busca vincular el arte con la naturaleza, una línea que comparte ciertos aspectos formales con el Land Art. El uso de materiales naturales y la importancia del contexto son algunas de las similitudes: lo que determina el carácter de esta corriente es su concepto de arte y sus reflexiones en torno al espacio y al tiempo (Raquejo, 1998, p.20). Son obras que interactúan y son naturaleza. Sin embargo, mientras el Land Art a menudo se desarrolla en grandes extensiones de terreno natural y busca intervenir directamente el paisaje, mi trabajo se centra en un espacio más acotado y controlado, explorando la relación entre el arte y la naturaleza en un contexto urbano.

La rigidez en el arte siempre ha sido puesta a prueba, haciendo que la pintura y la escultura hayan evolucionado y que hoy puedan extenderse a cualquier cosa. En el ensayo de “La escultura en el campo expandido” de Rosalind Krauss, ya anticipa esta tendencia hacia una escultura más expandida y experiencial: La escultura ha trascendido los límites del objeto para convertirse en una experiencia espacial y temporal (Krauss, 1979). Inspirada por esta idea, mi obra busca contribuir a esta evolución al proponer un espacio donde la

escultura, la naturaleza y la arquitectura se entrelazan de manera orgánica. Al invitar al espectador a sumergirse en un entorno vegetal, busco reavivar nuestra conexión con la naturaleza, donde bichos, plantas y el humano funcionan en armonía. Busco que el espectador cuestione su relación con la naturaleza, se pueda relajar en este espacio lleno de paisajes y que vivan la contemplación, admiración y entendimiento que tengo con las plantas.

## REFLEXIONES FINALES

En la ciudad de Santiago, podemos ver claramente cómo el humano intenta separarse de la naturaleza, haciendo edificaciones gigantescas, con el fin de crear más viviendas y reduciendo las zonas verdes. Se puede observar cómo el humano cree que es el único digno de vivir en la tierra y no se considera que esta también es hogar de bichos, animales y seres vegetales. Deberíamos empezar a interactuar más juntos con los seres que nos rodean, aprovechar los beneficios que nos entrega cada participante de esta red llamada tierra y dejar de pensar que el humano es el centro del universo. Esta falta de desconexión con la naturaleza ha generado en mí un deseo de cultivar un vínculo más profundo con el entorno.

En la búsqueda de tener una experiencia y relación más amena con la ciudad, siempre busco esos pequeños rincones donde la vegetación crea su propio camino, donde las plantas vagabundas pelean para vivir, sin importar cuantas veces las corten o las tapen con cemento. Además de esto, al comenzar a plantar mis propios alimentos y entender que las plantas también contienen medicina - lo que muchas veces olvidamos - descubrí un ritmo de vida más lento y consciente, ya que al ir al ritmo natural de las cosas, uno puede entender que la inmediatez no es algo inherente de la vida diaria. Esta experiencia me permitió cuestionar la aceleración de la vida moderna y valorar la importancia de la paciencia y la observación.

Al empezar a trabajar con el mundo vegetal, logré crear un vínculo con los seres que cuidaba, comencé a entender sus tiempos y cuidados, lo que me convirtió en jardinera. Las responsabilidades que conlleva ser cuidador, guía y espectador, hacen que mi cerebro tenga una sensación de premio al tener pequeños logros en el jardín, logrando que mi mente libere sensaciones de gratitud y de relajación al encontrarme con mi espacio de trabajo. Esta gratitud hace que vuelva a instaurar una rutina de cuidado hacia las plantas, y en consecuencia, hacia mi propia mente y cuerpo. El cuidado del jardín trae muchas emociones, desde la felicidad porque a la planta le salió una nueva hoja, frustración porque se pierde el control de lo planeado, tristeza porque no se logró que la planta mejorara y

terminara en su muerte. Todas estas emociones son importantes para el jardinero, hacen que el lazo con su jardín sea más fuerte y logre entender mejor su espacio.

Los jardines salvajes siempre me han llamado la atención, en ellos me libero de la necesidad de que haya un control estricto de las cosas. Las plantas interactúan entre ellas y uno se convierte en espectador de cómo el viento y los pájaros mueven semillas para que las plantas - que tal vez uno no espera - logren entrar a este lugar cercado destinado para crecer y puedan interactuar con su planta vecina. Es por esto que los jardines más tradicionales no me hacen mucho sentido, esa búsqueda constante de orden y limpieza va en contra de mis gustos y pienso que al haber más diversidad, hay más enriquecimiento de la tierra y nuevas conexiones. Mis jardines siempre fueron más desordenados que los demás, lo que iba muy acorde con mi propia personalidad, dejo que todo entre al lugar “cercado” para ver su desarrollo durante el tiempo. A lo largo de este proceso me he dado cuenta que de alguna forma mi personalidad se ve reflejada en el estado de mi jardín. La comida y medicina que cultivo está directamente relacionada con mis necesidades, mostrando un poco de cómo me relaciono con el espacio según mis vivencias. La personalidad del jardinero es algo que se puede ver en su jardín.

Dejé de ser una simple cuidadora y empecé a ser un agente de cambio con mi espacio, entendiendo tanto mis procesos como los del propio lugar que habitaba. Desarrollé una nueva mirada hacia la muerte y comencé a verla como parte del proceso, entendiendo la relación que formo con mis plantas como algo bilateral, ellas me necesitan para su cuidado y yo a ellas para ser cuidada. La misma acción de hablar y dar cariño a mis plantas fue un ejemplo de cómo tenía que relacionarme con las personas. Dejé de sentirme como una persona externa en esta ciudad, comencé a integrarme y a cambiar mi espacio, dejando que los elementos interactúen entre sí, sintiendo que la necesidad y urgencia de llevar lo verde a los gris era algo que me correspondía.

No solo soy jardinera, también soy artista, logro identificar mis necesidades y problemáticas que me rodean interpretándolas a través de mis conocimientos y estrategias artísticas. El ser artista me entrega la sensibilidad de observación, y a cómo aplicarlas a las

necesidades de mis plantas. Es por esto que decido traer el jardín al campo artístico, para que el espectador pueda ver desde otra mirada a la naturaleza, de forma escultórica, de forma experiencial y así reflexionar de cómo se relaciona con la naturaleza. Hago una invitación a un espacio donde el estar, contemplar, oler, tocar y escuchar se vea amplificado por la experiencia de estar en el jardín poco convencional.

El jardín es mi terreno de lucha contra la ciudad gris y acelerada, en donde utilizo lo verde no solo para brindarme paz a mí, sino también a mi comunidad, la que se rodea de este espacio.

## BIBLIOGRAFÍA

- Burgui, P., Carneiro, A., Descombes, G., Fernandez, H., García Guatas, M., Jimenez-Blanco, M., Mari Lazkano, J., Maderuelo, J., Mainer, J., Montaner, J., Ruiz De Samaniego, A., Seel, M., Tiberghien, G. (2007). *Paisaje y arte*. Madrid: Abada Editores, S.L.
- Cid, F. (2020). *La jardinería como practica estética de autoconocimiento y desarrollo social*. Chile: Cuad Méd Soc.
- Clément, G. (2007). *Manifiesto del Tercer paisaje*. Barcelona: editorial Gustavo Gili.
- Clément, G. (2012). *El jardín en movimiento*. Barcelona: editorial Gustavo Gili.
- Clément, G. (2019). *Una breve historia del jardín*. Barcelona: Editorial Gustavo Gili.
- Clément, G. (2021). *La sabiduría del jardinero*. Barcelona: Editorial Gustavo Gili.
- Csikszentmihalyi, M. (1990). *Flow - the psychology of optimal experience*. New York: Harper & Row.
- Guasch, A. M. (2016). *El arte en la era de lo global, 1989-2015*. Madrid: Alianza forma.
- Krauss, R. (1979). *La escultura en el campo expandido*. Recuperado de <https://visuales4.wordpress.com/wp-content/uploads/2011/08/rosalind-krauss-la-escultura-en-el-campo-extendido.pdf>
- Moussa J., Hofman, F., Frock, C. L. (2014). *Unexpected Art*. San Francisco: Chronicle Books LLC.
- Quesada, S. (2007). *La memoria del paisaje*. Sevilla: Universidad de Sevilla.
- Raquejo, T. (1998). *Land Art*. Madrid: Editorial Nerea, S. A.

- Saavedra J., Díaz W., Zúñiga L., Navia C., Zamora T. (2015). *Correlación funcional del sistema límbico con la emoción, el aprendizaje y la memoria*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.
- Sánchez Jiménez, M. A. (2018). *Los urbanistas necesitan naturaleza*. [Trabajo fin de grado] Universidad de Sevilla.
- Santamaría Fernández, A. E., Román Aliste, S. (2022) *El arte y la naturaleza entre deleite y la utilidad*. Madrid: Editorial Dykinson.
- Stigsdotter, U., Grahn, P. (2002) *What makes a Garden a Healing Garden?* USA: Journal of a Therapeutic horticulture.
- Tompkins, P., Bird, C. (1973). *La vida secreta de las plantas*. Madrid: Capitan Swing Libros, S.L.